



La incompatibilidad entre la simpatía y el interés propio: el problema de Adam Smith

Mario Eduardo Hidalgo Villota*
Yadi Emilce Bolaños Sánchez**

Fecha de recepción: 9 de septiembre de 2024

Fecha de aprobación: 21 de diciembre de 2024



Resumen: En este artículo se examina el problema de Adam Smith denominado por la escuela histórica alemana *Das Adam Smith Problem*, surgido de la dicotomía filosófica existente entre la *simpatía* desarrollada en la *Teoría de los sentimientos morales* publicada en 1759 y el *interés propio* bosquejado en *La riqueza de las naciones*, obra publicada en 1776. De la mano de estas dos obras clásicas y de la revisión de un conjunto de estudios especializados en la materia, los autores del presente manuscrito aportan algunas reflexiones a favor de la coexistencia y complementariedad de la simpatía y el interés personal en la conducta humana, en contraposición a los adversarios de Smith, quienes se equivocan al comparar el interés propio con el egoísmo simbolizado en la caricatura del *homo economicus*. De ahí que, el interés propio sea, en general, provechoso no solo por la coincidencia natural entre el autointerés y el bien común como habitualmente se interpreta, sino porque, además, reúne ciertas condiciones institucionales previas que hacen que el interés propio trabaje en la dirección deseada para lograr el bien común. En ese sentido, el problema de Adam Smith, lejos de ser una contradicción, es un malentendido histórico y filosófico muy relevante por sus implicaciones en el debate contemporáneo entre economía y ética.


Palabras clave: Das Adam Smith Problem, interés propio, instituciones, mano invisible, simpatía, teoría económica.

JEL: A13; B12; D61; D62; D63; D64.

Cómo citar

Hidalgo-Villota, M. E. & Bolaños-Sánchez, Y. E. (2025). La incompatibilidad entre la simpatía y el interés propio: el problema de Adam Smith. *Apuntes del Cenes*, 44 (79). Págs. 17 - 42. <https://doi.org/10.19053/uptc.01203053.v44.n79.2025.18212>

* Doctor en Administración y Política Pública. Profesor de tiempo completo adscrito al Departamento de Economía de la Universidad de Nariño, Pasto, Colombia. Grupo de Investigación en Economía, Gobierno y Políticas Públicas. mariohidalgo@udenar.edu.co  <https://orcid.org/0000-0002-5579-6136>  Contacto de Correspondencia

** Economista por la Universidad de Nariño, Pasto, Colombia. Joven investigadora Grupo de Investigación en Economía, Gobierno y Políticas Públicas. yadiemilce89@udenar.edu.co  <https://orcid.org/0009-0007-5082-5966>

The Incompatibility of Sympathy and Self-Interest: Adam Smith's Problem

Abstract

This article examines Adam Smith's problem, called by the German historical school "Das Adam Smith Problem", arising from the philosophical dichotomy between the sympathy developed in *The Theory of Moral Sentiments* published in 1759 and the self-interest outlined in *The Wealth of Nations*, a work published in 1776. On the basis of these two classic works and a review of a number of specialized studies on the subject, the authors of this manuscript provide some reflections in favor of the coexistence and complementarity of sympathy and self-interest in human behavior, in contrast to Smith's detractors, who erroneously compare self-interest with the selfishness symbolized in the caricature of Homo economicus. Hence, self-interest is, in general, profitable not only because of the natural coincidence between self-interest and the common good as it is usually interpreted, but because, in addition, it meets certain institutional preconditions that make self-interest work in the desired direction to achieve the common good. In this sense, Adam Smith's problem, far from being a contradiction, is a very relevant historical and philosophical misunderstanding because of its implications in the contemporary debate between economics and ethics.

Keywords: Das Adam Smith Problem, institutions, invisible hand, self-interest, sympathy, economic theory.

INTRODUCCIÓN

Adam Smith es célebremente recordado por haber escrito con lucidez dos obras que aún permanecen en la memoria de personas apasionadas por la filosofía, la ética, la economía política, la historia, el derecho y la jurisprudencia. A Smith comúnmente se le conoce como el fundador de la economía moderna, gracias a su labor de sistematización del funcionamiento del sistema capitalista. Esto no significa que, antes de Adam Smith nadie hubiese teorizado y escrito acerca de la economía; por supuesto, hubo otros pensadores en el periodo preclásico que así lo hicieron, incluso historiadores y filósofos en la antigua Grecia, sacerdotes y clérigos en la Edad Media y economistas mercantilistas y fisiócratas en los siglos XVII y XVIII. En ese sentido, se pueden mencionar dos trabajos previos a *La riqueza de las naciones* de Adam Smith: el Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general de Richard Cantillon (1680-1743), catalogado como la cuna de la economía política y *An Inquiry into the Principles of Political Economy* de James Steuart (1713-1780), que para

muchos es el estudio más completo de economía política escrito en Inglaterra.

Adam Smith desde muy joven se distinguió por su inclinación hacia la filosofía moral. A los 28 años fue nombrado profesor titular de esta cátedra en el Glasgow College (Escocia). Su viaje por Europa en compañía del duque de Buccleuch durante dos años ininterrumpidos, fue clave para entablar relación con pensadores de diversas corrientes, de los cuales se nutrió para luego sistematizar la economía en su obra *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (en adelante, RN) publicada en 1776 tras doce largos años de arduo y solitario trabajo. La personalidad de Adam Smith es totalmente consecuente con su pensamiento. Aparte de creer en las virtudes morales del ser humano, también se inquietaba por los asuntos económicos en un periodo en el que el comercio y la artesanía fueron desplazados súbitamente por la manufactura y los procesos industriales que, posteriormente desencadenarían un crecimiento económico sin precedentes.

La obra intelectual de Adam Smith ha recibido elogios, pero también severas críticas por parte de sus más vehementes adversarios. Es así como, la escuela histórica alemana defensora de las ideas económicas proteccionistas diametralmente opuestas al pensamiento liberal smithiano, en el siglo XIX hizo pública una aparente contradicción filosófica surgida entre la *simpatía* ampliamente analizada por Smith en la *Teoría de los sentimientos morales* (en adelante, TSM) con cinco ediciones revisadas posteriormente en 1764, 1767, 1774, 1781 y 1790 y, el *interés propio* bosquejado en la RN en las cuatro ediciones de 1778, 1784, 1786 y 1789. En esta batalla intelectual, a Smith se le acusa de ser inconsistente en su razonamiento, al intentar compatibilizar dos cuestiones opuestas: la compasión y el interés propio, este último concepto fatalmente confundido con el egoísmo. El egoísmo, según Smith, no es un sentimiento noble capaz de enaltecer a las personas. De hecho, él siempre sostuvo que la verdadera fuente del bien común es la virtud, no el vicio, como cínicamente lo quiso mostrar Mandeville (1982) en *La fábula de las abejas*.

En este artículo se aportan algunos elementos teóricos para entender hasta qué punto el *Das Adam Smith Problem* es verdaderamente un problema filosófico. De esta reflexión brota el siguiente interrogante: *¿debería o no continuar discutiéndose el aparente conflicto entre la simpatía y el interés propio en dos mundos interconectados por el amor*

al prójimo y el progreso económico?

Los perfiles de Smith como filósofo moral y como economista no son contradictorios; por el contrario, estos se complementan para forjar la mente de un hombre que vio nacer el capitalismo industrial y, dentro de este, un cúmulo de oportunidades para una creciente población que reclamaba mejores condiciones de vida y mayores oportunidades de trabajo. En el pensamiento económico-moral de Adam Smith, el interés personal (*self-interest*) es el principio organizador de la actividad económica, mientras que la simpatía es la fuerza que regula los aspectos ético-morales. En el presente artículo se hace, en primer lugar, una revisión de los aspectos que problematizan el pensamiento filosófico y económico de este maestro escocés; posteriormente, se describe el procedimiento metodológico utilizado en esta investigación de índole teórica, los hallazgos a favor y en contra con su respectiva discusión, y se finaliza con un conjunto de consideraciones finales que intentan despertar el interés académico en este debate aún no concluido.

REVISIÓN DE LITERATURA

La escuela histórica alemana ha intentado deformar la imagen y la sensibilidad humana de Adam Smith, aquel pensador escocés apasionado por la simpatía y el interés propio como principios rectores de una sociedad virtuosa y próspera. Roncaglia (2006) lo describe como un autor tan inmune a las ideas intervencionistas sectarias como a

las opiniones del *laissez faire* extremo, capaz de admitir la intervención estatal en la economía sin que entren en conflicto los intereses de los agentes económicos. En esa misma dirección, Roll (1994) interpreta a Adam Smith como un economista que sabía sobradamente que “la producción capitalista era el fundamento de la sociedad, todo lo demás descansaba sobre ella” (p. 160). Ferguson (2013) añade que Smith no era un simple doctrinario del liberalismo económico, por tanto, *laissez faire* no supone la falta completa de restricciones sobre la economía. Aunque Smith defendía las ideas económicas liberales, él también fue capaz de admitir una dosis de intervención estatal para controlar los excesos de los agentes económicos.

Smith tampoco fue insensible ante el devenir de la humanidad. Su preocupación principal invariablemente fue el desarrollo económico, es decir, las fuerzas que gobiernan a largo plazo el crecimiento económico (Blaug, 2001). Este filósofo escocés fue siempre un convencido de la importancia del sistema empresarial y de la productividad resultante de la división del trabajo. Ahora bien, sus postulados teóricos no defienden los intereses empresariales directamente, sino el mercado como institución social de la que brotan oportunidades y bienestar general. De hecho, sus opiniones sobre el comportamiento de los hombres de negocios eran a menudo incisivas, en especial, cuando se refería a la rapacidad y al espíritu monopolizador de los comer-

ciantes y manufactureros (Blaug, 2001). Heilbroner (1972) lo define como un admirador de su trabajo, pero a la vez, como una persona que también desconfiaba de sus propios motivos.

Las conclusiones a las que llegó Adam Smith fueron el fruto de frecuentes indagaciones y de la búsqueda de respuestas a interrogantes que interrumpían a diario sus episodios de sueño en su casa materna en Kirkcaldy (Escocia). Su erudición lo hizo merecedor del calificativo de *polyhistor* por parte de Schumpeter (2006), quien dijo admirar su gran capacidad para pasar de un campo de conocimiento a otro sin perder sabiduría. Así pues, el interés de Smith se concentró en la concepción de un mundo más próspero y justo, alejado de la mera codicia. Su motivación científica desde muy joven se inclinó por descubrir las bases psíquicas y mentales de la moralidad humana en fenómenos relacionados con la naturaleza de la voluntad, el libre albedrío y las razones e intenciones que explican la conducta humana. Posteriormente, su madurez intelectual y ansias de conocimiento lo llevaron a penetrar en asuntos económicos sin nunca desprenderse de su espíritu ético.

Para algunos pensadores económicos, la obra de Smith es confusa, incoherente y sin rigor. Por ejemplo, Rothbard (2012) de manera ofensiva sostiene que Smith no aportó nada nuevo al entendimiento de la economía, por el contrario, lo acusa de ser un plagiaro desvergonzado, quien tomó abusivamente las

ideas desarrolladas por los mercantilistas y fisiócratas (Perdices, 2004). Cabe advertir que, el pensamiento de Rothbard es propio de un economista austriaco-libertario, a quien le incomodaba en sumo grado que Adam Smith hubiera desarrollado en la RN la teoría del valor-trabajo tildada por Rothbard como el embrión del socialismo que ponía en riesgo la libertad individual y la propiedad privada. Sin embargo, la valía de Smith reside precisamente en la recopilación de las ideas de otros autores que le precedieron, pero que jamás tuvieron su agudeza y rigor científico y, menos, su capacidad analítica para entender y explicar el funcionamiento de una economía de mercado de manera lúcida, aunque no exenta de errores. En este orden de ideas, se podría decir que Smith se posó en hombros de gigantes que lo precedieron, a saber: Hutcheson, Hume, Ferguson, Petty, Turgot, Cantillon, Steuart y de otros más. Con Hutcheson frecuentemente disertaba acerca de la existencia de un orden natural subyacente a los fenómenos sociales con marcada influencia en la doctrina grecoescolástica (Ekelund & Hébert, 2005). Su pensamiento también estuvo influido por las ideas newtonianas acerca del universo que imponían la necesidad de utilizar un método científico en el estudio de los fenómenos, dando al traste las viejas ideas religiosas medievales. Con notable agudeza, Viner (1927) sostiene que Smith fue capaz de describir de manera genuina el capitalismo como un sistema coordinado y mutuamente interdepen-

diente de relaciones causa-efecto, sobre el que otros filósofos y teólogos también habían teorizado, pero someramente.

Das Adam Smith Problem: ¿es una contradicción filosófica?

Se ha dicho que el problema de Adam Smith es una contradicción entre dos posiciones filosóficas visibles en la TSM y en la RN. El primer libro está fuertemente permeado por la *simpatía*, entendida como el amor al prójimo y la benevolencia, y el segundo encumbra el *interés propio* como un principio que conduce a los seres humanos a buscar su propio bienestar, pero que de manera no intencionada impacta en el bienestar colectivo. Las dos obras de Smith forman una imagen completa, independiente y casi aditiva de la naturaleza humana, que han provocado enconados debates surgidos de posiciones ideológicas antagónicas. Adam Smith en la TSM escribió que los humanos son seres compasivos, que sienten y lamentan en diferente grado, la desdicha de sus semejantes y, en consecuencia, anidan en su corazón el humanismo, el altruismo y la cooperación. Su actuación se rige por un conjunto de valores sociales y éticos, incluso presentes en individuos antisociales. Este maestro escocés agrega que la conducta humana es multifacética y que la felicidad a la que cada quien aspira, no es únicamente material. Así lo describe la TSM en uno de sus pasajes:

Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo, que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla. De esta naturaleza es la lástima o compasión, emoción que experimentamos ante la miseria ajena, ya sea cuando la vemos o cuando se nos obliga a imaginarla de modo particularmente vivido. El que con frecuencia el dolor ajeno nos haga padecer, es un hecho demasiado obvio que no requiere comprobación; porque este sentimiento, al igual que todas las demás pasiones de la naturaleza humana, en modo alguno se limita a los virtuosos y humanos, aunque posiblemente sean estos los que lo experimenten con la más exquisita sensibilidad. El mayor malhechor, el más endurecido transgresor de las leyes de la sociedad, no carece del todo de ese sentimiento. (Smith, 1997, p. 16)

Diecisiete años después de la publicación de la TSM, Smith en la RN escribió lo siguiente:

(...) No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la condición de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Solo el mendigo depende principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos, pero no en absoluto. Es cierto que la caridad de gentes bien dispuestas le suministrará la subsistencia completa; pero, aunque esa condición altruista le

procure todo lo necesario, la caridad no satisface sus deseos en la medida en que la necesidad se presenta: la mayor parte de sus necesidades eventuales se remedian de la misma manera que las de las otras personas, por trato, cambio o compra. (Smith, 1958, p. 17)

Con respecto al interés propio, en la misma obra añadió:

(...) Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, solo piensa en su ganancia propia; pero este como en muchos otros casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Más no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su *propio interés*, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir solo el interés público. (Smith, 1958, p. 402)

Tras comparar los tres pasajes arriba citados, los detractores de Smith no entienden cómo la simpatía expresada en el amor hacia los demás y el interés propio materializado en el lucro individual puedan coexistir, incluso complementarse. Parece extraño e inconcebible que este filósofo moral

inicialmente haya teorizado acerca de las virtudes humanas resaltando la importancia de los valores éticos y, que luego, haya destacado el provecho personal como el principio del crecimiento económico y del bienestar material en general. *Das Adam Smith Problem* suscita variadas preguntas, entre ellas: *¿acaso Smith tenía dos personalidades?, ¿cómo se explica que en un plazo de diecisiete años transcurridos entre la publicación de la TSM en 1759 y la RN en 1776, haya habido un cambio drástico en el pensamiento de Smith o, tal vez no lo hubo?, ¿en qué momento Adam Smith dejó de ser un filósofo defensor de la compasión para convertirse en un frío economista impulsor del egoísmo como fuerza motivadora del progreso económico?, y, ¿acaso el egoísmo no es un sentimiento reprochable que se antepone abiertamente a la compasión, en consecuencia, Smith debió adoptar una posición de repudio, no de tolerancia?* No cabe duda de que esta situación es desconcertante, pero tiene una explicación.

Este tipo de interrogantes hacen que alrededor del problema de Adam Smith no exista un consenso filosófico que extinga este debate. La acusación y su defensa permanecerán abiertas en la medida en que las ideas económicas estén ideologizadas y que el pensamiento smithiano continúe vigente. Esta discusión es de tal magnitud, que el premio nobel Vernon Smith (1998) realizó un experimento en un laboratorio informático para poner a prueba

las dos caras del maestro escocés. Los resultados obtenidos sugieren la existencia de una dicotomía entre la simpatía y el egoísmo expresada en la ocurrencia de dos hechos esenciales, así: a) existe reciprocidad positiva (simpatía) en los intercambios personales entre personas conocidas que dialogan cara a cara; mientras que, en los intercambios impersonales ampliamente recurrentes en los mercados, opera el interés propio. Según Vernon Smith, cuando los intercambios ocurren entre conocidos o amigos, entran en juego los sentimientos morales, pero cuando el intercambio es a distancia (por ejemplo, en el comercio electrónico), esto es, entre individuos desconocidos, las personas actúan según su propio provecho. Aunque estas conclusiones parecen firmes, no se debe pasar por alto que la economía experimental no está exenta de errores y fuertes críticas por el método utilizado.

Prosiguiendo, Adam Smith en la RN menciona por una sola vez la existencia de una mano invisible que recoge la esencia del interés propio, refiriéndose al mecanismo espontáneo que asigna eficientemente los recursos escasos al mejor uso alternativo. Cabe mencionar que la mano invisible no es la mano de un dios o de un órgano natural independiente del esfuerzo humano, como lo afirma Del Hierro Carrillo (2019). De hecho, la mano invisible es para Robbins (1978), la mano del legislador o, mejor dicho, la mano que aparta de la esfera de la búsqueda del interés

egoísta aquellas posibilidades que no armonizan con el bien público. La mano invisible es, pues, un orden natural en el sentido de la imperfección de los mercados, pero con gran acierto transmite el mensaje de eficacia de la libertad natural (Persky, 1989).

A través de esta sencilla metáfora, Smith muestra que el capitalismo está regido por leyes que aseguran la reproducción material de la sociedad y que garantizan el progreso económico y social (Kicillof, 2010). No obstante, Smith reconoce las fallas recurrentes de los mercados; de ahí que admite la intervención estatal medida en procura de asegurar la defensa nacional que evite las invasiones violentas, la administración de justicia como medio de preservación de la libertad individual y los derechos de propiedad privada y, finalmente, la provisión de obras públicas y de otras actuaciones gubernamentales que fomentan la actividad económica. Kurz (2022) complementa este señalamiento argumentando que Adam Smith creía firmemente en la ciencia del legislador como vía hacia el buen gobierno, es decir, la intervención estatal podría crear y mantener ciertas instituciones para encauzar el interés propio hacia el bienestar colectivo.

Nótese que, la mano invisible es la personificación del interés propio. Es la metáfora más conocida, pero a la vez, la más malentendida en sus fundamentos. Adam Smith nunca defendió “la visión extrema de que el comportamiento

egoísta de cualquier tipo trae de manera inequívoca consecuencias no deliberadas que son benéficas para la sociedad en conjunto” (Kurz, 2022, p. 58). Sin duda, es una perspectiva deformada donde el egoísmo es más que suficiente para la obtención de resultados socialmente óptimos. En forma tajante, el pensamiento smithiano rechaza este punto de vista por obvias razones. Por ejemplo, para que la búsqueda del interés propio pueda promover el interés general se necesitan ciertas condiciones institucionales previas capaces de hacer coincidir el interés propio con el interés de todos. Estas condiciones previas no son más que las instituciones humanas (normas, reglas, valores, costumbres) cuya función es “obligar al interés propio a trabajar en las direcciones en que este sea benéfico” (Cannan, 1958, como se citó en Kurz, 2022, p. 59).

Como era característico en su época, Adam Smith asociaba la mano invisible con una dimensión regida por leyes de la naturaleza. Es por eso que, los manuales de microeconomía más populares interpretan a la ligera y de manera irresponsable el concepto de la mano invisible, sin detenerse a examinar el rol de las instituciones en el sistema económico y social. Fíjense que, Nicholson y Snyder (2015) subrayan que la mano invisible es la configuración de los mercados competitivos que llevan a cada participante a “promover un fin (bienestar social) que no formaba parte de su intención” (p. 476). Asimismo, Villar (1999) sostiene que en los mercados

competitivos con los que se identificaba perfectamente Smith, el sistema de precios logra ordenar la actividad económica de manera eficiente y descentralizada, facilitando el desarrollo de los planes personales. Ahora bien, en estas definiciones simplistas solo tiene lugar la libre interacción entre la oferta y la demanda, dejando al margen un marco institucional adecuado capaz de alinear el interés propio con el interés público. De acuerdo con Blaug (2001), la mano invisible no es solo una ingenua doctrina de la armonía espontánea de los intereses. Es pues, “el mecanismo de equilibrio automático del mercado competitivo” (p. 78), dentro del cual la competencia como parte de la libertad natural es una actividad conductual; es decir, un mecanismo regulador capaz de hacer que los precios y los beneficios se mantengan de manera sostenida en sus niveles más bajos con una clara ventaja para los consumidores. Recuérdese que Adam Smith era un defensor de los mercados competitivos y, a la vez, un directo adversario y crítico del monopolio.

A fin de cuentas, la mano invisible no es más que un conjunto de decisiones económicas que toman a diario los individuos buscando su interés personal, sin pretender decir con esto que, el autointerés sea algo reprochable o indigno. No cabe duda de que un sistema de mercado generalmente tiende a producir una solución armoniosa de las fuerzas económicas, siendo el *laissez faire* la mejor política gubernamental (Landreth

& Colander, 2006). Así, los mercados competitivos son capaces de coordinar la actividad económica sin despilfarro de recursos en sentido paretiano, pero olvidan algo esencial, la mano invisible no es mágica. Esta requiere del apoyo de instituciones adecuadas, sin pasar por alto que el egoísmo es un vicio incapaz de promover el bien de todos, por tanto, se necesita implantar la fuerza de la simpatía.

Adentrándonos en la historia y contextualizando un poco en el problema smithiano, se aprecia que las ideas liberales revolucionarias de Smith chocaron con el pensamiento proteccionista de la escuela histórica alemana en cabeza de Friedrich List (1909), para quien la doctrina del liberalismo económico era una seria amenaza. De hecho, los historicistas alemanes sacaron a flote la inconsistencia entre la simpatía y el interés propio (Montes, 2003). En lo que respecta a List (1909), este no desaprovechó la oportunidad para promover las ideas nacionalistas, promulgando que el *laissez faire* no era aplicable a todos los países, dadas las múltiples diferencias de diversa índole. En ese sentido, como los postulados de la escuela clásica tampoco eran válidos para todas las épocas y culturas (Landreth & Colander, 2006), en su lugar, List (1909) propuso la promoción del desarrollo industrial con una alta intervención estatal en oposición a las ideas liberales impulsoras de las ventajas del libre comercio defendidas por Adam Smith.

De acuerdo con Hildebrand (1848), Smith y sus seguidores querían convertir la economía política en una mera historia natural del egoísmo con graves implicaciones éticas. Por otro lado, se criticaba que la naturaleza del hombre y del egoísmo en la obra de Adam Smith era la única fuerza motivadora de la acción humana. Por ejemplo, Brentano (1877) afirmaba que Smith en la RN había simplificado el estudio de la naturaleza humana, despojándola de toda simpatía. Lo cierto es que Smith nunca fue un partidario dogmático del *laissez faire*, tampoco se distinguió por ser un liberal radical. Por el contrario, fue un pensador pragmático de las regulaciones gubernamentales y un juicioso investigador centrado en lo específico más que en lo universal (Viner, 1927, 1965; Viner & Irwin, 1991). De manera que el sistema smithiano incorpora la simpatía, las reglas morales, la acción económica interesada, los mercados y el control social legal (Spiegel, 1991). Smith comprendía perfectamente que el interés propio como motivación psicológica era una fuerza motriz esencial en la asignación de recursos (O'Brien, 1996). Así, pues, la mano invisible opera con mayor eficacia en un entorno institucional favorable a partir de una serie de acuerdos compatibles con el progreso económico (Wight, 2007). Ciertamente, Adam Smith no se desprende de la cuestión moral. Él solía decir que “ninguna sociedad puede ser floreciente y

feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y vulnerables” (Kurz, 2022, p. 63). Finalmente, en el pensamiento smithiano la mano invisible es concebida como una estrategia para reducir la pobreza y para generar oportunidades.

A lo anterior hay que agregar que, el contenido del juicio moral en Smith está muy influido por la ética estoica¹. Su postura es una combinación de valores estoicos y cristianos (Raphael, 2009). Smith desarrolló la figura del espectador imparcial a partir de los supuestos de comportamiento social y moral implícitos en las obras de Hutcheson y Hume. El espectador imparcial al que le dedicó mucha atención Smith en la TSM, no es más que el conjunto de valores normativos sociales personificados en la conciencia (Marshall, 1984). De hecho, el espectador imparcial representa el hombre medio, normal u ordinario. Es, por definición, alguien que no actúa, pero que vigila el proceder de las personas (Campbell, 1971). Ahora bien, la TSM es una reflexión filosófica acerca de las fuerzas morales que frenan el egoísmo y unen a las personas; en cambio, la RN supone la existencia de una sociedad justa y muestra la forma en la cual el individuo es guiado y limitado por las fuerzas económicas.

Dicho sea de paso, la simpatía es una presuposición necesaria en la doctrina del orden natural (Morrow, 1927).

¹ Un estoico profesa la virtud como el bien esencial en cualquier sociedad. Además, Adam Smith fue un individuo con convicciones religiosas y éticas, que despreciaba los vicios y los privilegios concentrados en ciertas clases sociales.

Según Smith (1958), una de las tareas más importantes del intelecto humano es diseñar un conjunto de instituciones, esto es, un sistema de justicia que le permita a la humanidad vivir en armonía. Este maestro escocés añade que, los hombres no pueden confiar pasivamente en una mano invisible, sino que deben actuar conscientemente por sí mismos (West, 1989). Por ello, la filosofía moral smithiana consta de dos partes, a saber: la ética y la jurisprudencia. En suma, Adam Smith concluye que, por más egoísta que se considere al hombre, este no se mueve únicamente por el interés propio. El amor por los demás es también un principio para la acción.

METODOLOGÍA

El análisis del problema de Adam Smith fue abordado en un plano estrictamente teórico e histórico. Su entendimiento y comprensión parte del análisis más detallado de las tres obras escritas y publicadas por Adam Smith en el siglo XVIII: la TSM, que vio la luz en 1759; la RN, que llegó a mano de sus lectores en 1776, y los *Ensayos filosóficos* como obra póstuma publicada en 1795 con un estudio preliminar realizado por John Reeder (1998). De acuerdo con Berry *et al.* (2013), esta última obra eclipsó la producción anterior de Smith, ubicándolo en un pedestal al que muy pocos pueden llegar. Para adentrarse en el pensamiento filosófico y económico de Adam Smith se revisaron las principales publicaciones de sus estudiosos, tales como Viner (1927, 1965, 1991),

Morrow (1927), Samuels (1973, 1977), Campbell (1971), Hutcheson (1976), Marshall (1984), Blaug (2001), Montes (2003), el trabajo científico de los filósofos escoceses contemporáneos Raphael (1985, 2009) y Raphael y Macfie (1976), cuyos estudios analíticos se realizaron en el marco de la edición de Glasgow de las obras y correspondencia de Adam Smith en conmemoración de los trescientos años de su natalicio, así como el manual de Oxford de Adam Smith de Berry *et al.* (2013). A este esfuerzo académico se sumó la revisión de los clásicos manuales de historia de pensamiento económico de Heilbroner (1972), Spiegel (1991), Roll (1994), O'Brien (1996), Perdices (2004), Ekelund y Hébert (2005), Schumpeter (2006), Roncaglia (2006), Landreth y Colander (2006), Kicillof (2010), Rothbard (2012), Ferguson (2013) y Kurz (2022).

El concepto de mano invisible utilizado por Smith se confrontó con la interpretación dada en los clásicos manuales de microeconomía de Villar (1999), Frank (2005) y Nicholson y Snyder (2015), cuyos autores equiparan equivocadamente el interés propio con el egoísmo dejando por fuera el papel de las instituciones y el poder legislador del Estado. En esta investigación se seleccionaron varias referencias bibliográficas entre manuales, libros y artículos científicos; estos últimos fueron identificados y filtrados mediante búsquedas manuales en bases de datos científicas, tales como Scopus, Science Direct, Web of Science, EBSCO y JSTOR. En este

análisis también se incluyeron las interpretaciones de algunos ganadores del Premio Nobel, como Simon (1955), Arrow (1974), Sen (1977, 1988), Stigler (1986), Thaler (1980, 1985), Tversky y Kahneman (1981) y Vernon L. Smith (1998). Aunque la literatura acerca de la interpretación del pensamiento de Adam Smith es muy voluminosa y creciente, las fuentes de información tomadas a favor y en contra de la hipótesis central de esta investigación, así como la reflexión objetiva de los autores interesados en su pensamiento filosófico y económico, permitieron interpretar sin ambigüedades la simpatía y el interés propio como principios que rigen la conducta humana.

RESULTADOS

Como se examinó en el apartado anterior, Adam Smith es fuertemente criticado por los detractores de los mercados libres por exhibir dos caras: la primera de corte moralista al intentar instituir la simpatía en la conducta humana como parte del mundo moral cimentado en el libre albedrío acudiendo al buen juicio del espectador imparcial (una especie de conciencia humana). La segunda cara corresponde a la de un economista ensimismado en el interés propio. Esta última faceta supone erróneamente que el egoísmo gobierna la naturaleza humana, que la persona pierde su dimensión moral y muta en un agente económico guiado solo por el cálculo material. Habría que decir también que en el pensamiento

filosófico smithiano no se separa al hombre social del mundo económico. Los valores sociales y los principios económicos coexisten, esto es, son inalienables y se retroalimentan mutuamente. De hecho, el arquetipo del *homo economicus* está por fuera del pensamiento de Smith, incluso tampoco es parte en sentido amplio del pensamiento de John Stuart Mill, como se pretende hacer creer en la literatura económica (Hurtado y Mesa, 2010). En palabras del propio Smith (1997):

Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo, que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciársela. (...) El mayor malhechor, el más endurecido transgresor de las leyes de la sociedad, no carece del todo de ese sentimiento. (p. 16)

Es indiscutible que el análisis económico se fundamenta en la búsqueda del interés propio, el cual es compatible con otros objetivos sociales de carácter más general pero no menos importantes (Frank, 2005). Sirve de ejemplo como, en un mercado amplio de automóviles de combustión interna, los consumidores pueden inclinar parte de sus preferencias individuales hacia los vehículos eléctricos. Nótese que, inicialmente los consumidores son conducidos por su interés personal en busca de menores costos en el consumo de combustible, esto significa más ahorro

en el presupuesto individual y familiar. Ahora bien, el ahorro de energía y la disminución de la contaminación por no usar combustibles fósiles desemboca en un beneficio para la sociedad en conjunto, materializado en la reducción a largo plazo de la temperatura del ambiente y en la estabilidad de los patrones climáticos. Como puede verse, en un comienzo el mantenimiento del aire limpio no formaba parte de las intenciones directas de los compradores de automóviles, pero su autointerés los condujo inexorablemente a reducir las emisiones de CO₂ causantes del efecto invernadero. En conclusión, la conducta autointeresada de un colectivo de compradores de automotores produjo la reducción de costos operacionales que motivó un bien común inintencionado: *un ambiente más limpio y sostenible*. A esto se suma la regulación y la educación ambiental como instituciones para encauzar el interés propio hacia el bienestar común.

Otro ejemplo típico para entender la complementariedad de objetivos individuales y sociales es el enunciado por Read (2019), al referirse a la fabricación de un lápiz como un bien simple compuesto por un número reducido de partes, tales como madera, mina de grafito, goma de borrar, metal y pintura. Se parte de la hipótesis de que un solo fabricante no podría producir un lápiz en su totalidad. Se necesita de varias fábricas y de un montón de actividades económicas para hacerlo realidad. Así, los miles o millones de agentes

que participaron en su elaboración requirieron de una coordinación social, natural y de un conjunto de conocimientos dispersos en la sociedad, pero esenciales para hacer realidad un fin general. Las personas que concurren en su fabricación fueron motivadas por el interés propio (una mano invisible) que les procuró bienestar individual. Intencionadamente, el asombroso lápiz permitió que millones de niños y niñas pudieran aprender a escribir, dibujar y desarrollar su intelecto. Aunque este simple lápiz nunca pretendió llegar tan lejos y ser tan importante en la vida de millones de personas, su valor social surgió espontáneamente de la conducta humana aparentemente egoísta, solo disciplinada a través de la legislación laboral vigente: la imposición de un salario mínimo, la negociación colectiva, el régimen de comercio exterior, la política económica en general, etc.

En ese sentido, la teoría económica dominante sostiene que la economía está formada por seres racionales que toman decisiones cotidianas movidas por el costo-beneficio. Este tipo de individuos están dispuestos a realizar una actividad económica, *si y solo si*, los beneficios superan a los costos. En este orden de ideas, Frank (2005) subraya que la racionalidad obedece a dos criterios básicos:

- a) Racionalidad basada en el criterio del egoísmo (*self-interest*), según la cual, el individuo racional concede en todo momento, un gran peso a los costos y

beneficios que le afectan directamente, sin considerar otros motivos no materiales, tales como: hacer felices a otras personas, obrar correctamente, etc.; y b) racionalidad basada en el criterio de los objetivos inmediatos, cuyo único requisito es que las personas actúen eficientemente por impulso en pro de los objetivos que tengan en cada momento, abarcando motivos como la caridad, el deber, la compasión, la benevolencia, etc. (p. 16)

Frank (2005) añade que el problema del criterio b) es su generalidad y su intermitencia. La búsqueda de la ganancia personal no riñe con los valores morales. “El modelo basado en el egoísmo que supone que todo el mundo se comporta de una manera oportunista está abocado a cometer grandes errores en la predicción del comportamiento humano” (p. 218). A las personas con actitud compasiva no se las puede considerar perdedoras solo por el hecho de no buscar frenéticamente el lucro material.

Finalmente, de la mano de dos eruditos de la Edición de Glasglow de las obras y correspondencia de Adam Smith, se puntualiza que el problema de Adam Smith es un “pseudoproblema” basado en la ignorancia y en la incomprensión de sus lectores e intérpretes. La simpatía expresada en la TSM no contradice el interés propio bosquejado en la RN. Por consiguiente, Adam Smith no sufrió ningún cambio radical en su punto de vista acerca de la conducta humana (Raphael & Macfie, 1976; Raphael,

1985). Al parecer, los historicistas alemanes confundieron la simpatía con la benevolencia (Hutchison, 1976). El problema de Adam Smith es exagerado e incluso imaginario. Es un malentendido de lo que realmente significan la simpatía y el interés propio (Skinner, 1976). La confusión no reside en la pluma de Adam Smith, sino en los ojos de quienes insisten en ver un problema que no existe (Nieli, 1986). A esta discusión, Harcourt (1995) añade que la idea central del argumento de la TSM es la necesidad de diseñar instituciones a favor del altruismo, la benevolencia o el amor propio. Aunque para Galbraith (1998), el interés propio está desprovisto de todo marco ético, para Stigler (1982) el interés propio es una especie de joya de la corona que hace posible la asignación eficiente de recursos donde muchos ganan, aunque en distintas proporciones. En conclusión, las interpretaciones acerca de la coexistencia de la simpatía y el interés propio están divididas por un velo ideológico que impide apreciar que en el comportamiento humano se fusiona una amalgama de intenciones sociales, económicas, morales, culturales, simbólicas, religiosas, psicológicas y antropológicas que complican el comportamiento humano, pero que, a su vez, desmitifican el predominio del *homo economicus* como un ser malvado carente de conciencia.

DISCUSIÓN

Muchas personas tienen la fortuna de vivir en un sistema económico que les

provee de bienes para mantener limpio y aseado su cuerpo, alimentos frescos para saciar el hambre y recuperar la energía perdida, energía eléctrica para ver la televisión, vestido para protegerse de las inclemencias del clima, medicamentos para curar las enfermedades, transporte para viajar en forma segura y oportuna a diferentes lugares, y escuelas, colegios y universidades para desarrollar conocimientos, habilidades y competencias que luego les permitan ganarse la vida. Hoy, al igual que en el siglo XVIII, las personas se preguntan: *¿cuál es la magia de semejante fortuna?* En verdad, no existe ninguna magia detrás de estos simples acontecimientos cotidianos. Es, pues, el interés propio, el dinamizador de la voluntad de miles de productores y millones de consumidores que, buscando su provecho individual, contribuyeron sin quererlo al bien público. En otras palabras, diríamos que el mercado hizo lo suyo y las instituciones creadas por la mano del legislador se ocuparon del resto.

Cuando se habla de historia se suele decir que la narrativa corresponde a la interpretación propia de cada historiador; es decir, es la manera como el observador ve los hechos y cómo se refiere a estos a través de la lente a su disposición. Pese a los laboriosos esfuerzos de los biógrafos y estudiosos de Adam Smith, los innumerables escritos acerca de su vida y obra solo son interpretaciones aproximadas de su pensamiento aparentemente dividido en dos mundos interconectados: el moral y

el económico. Entender a Smith a cabalidad implica adentrarse en su forma de razonar como filósofo moral y como economista: un filósofo apasionado por las virtudes humanas y un economista motivado por develar las fuentes del progreso económico. El pensamiento de Smith es polifacético, ya que atraviesa sin mayor obstáculo los campos de la economía política, la poesía, la estética, la crítica literaria, la astronomía, la jurisprudencia, la filosofía y la ética.

Como lo documentan muchos de sus estudiosos, Adam Smith no debe ser visto como un personaje frío, defensor a ultranza de los principios de *laissez-faire*. Su rechazo siempre estuvo dirigido al pensamiento mercantilista y a los excesos y privilegios del monopolio comercial y otras formas de protección estatal que ampliaban las desigualdades. Smith debe ser recordado como un filósofo y pensador preocupado por el progreso económico y social, en el cual se funden la simpatía y el interés propio como fuerzas reguladoras y motivadoras. El mundo smithiano no está habitado por agentes desapasionados, racionales y puramente autointeresados, sino por seres multidimensionales y realistas (Ashraf et al., 2005). La importancia de Smith no solo se centra en su faceta de economista innovador, sino también en su dimensión de pensador ético (Reeder, 1997). Si bien la RN eclipsó su filosofía moral, hay un lado de Adam Smith que nunca abandonó sus principios morales (Berry et al., 2013).

Adam Smith (1997) reconoce que la simpatía es una de las pasiones más importantes de la naturaleza humana; no obstante, esta es una guía poco fiable del comportamiento moral que a veces se queda corta y, en otras, sobrepasa lo exigible. O, mejor dicho, el proceso simpático no es siempre dominante en la naturaleza humana, el sistema de mercado libre exige la actuación del interés propio para la concreción de los planes personales. El provecho personal ha sido fatalmente interpretado como la ambición natural por poseer riqueza y la simpatía como un sentimiento noble por contribuir a la felicidad de otros. En ese sentido, Mandeville (1982), en la *Fábula de las abejas*, publicada en 1714, en forma satírica afirmó que los vicios privados, por ejemplo, el egoísmo, conducían a virtudes públicas, refiriéndose al bien común. Adam Smith y David Hume como buenos estoicos se opusieron radicalmente a tan infortunada afirmación, expresando que la fuente del bien común no son los vicios, sino las virtudes.

En este orden de ideas, la simpatía y el interés propio no son antagónicas. La conducta social no se deslinda del comportamiento económico, el cual está influenciado por fuerzas irracionales y normas sociales regularmente aceptadas. En los estudios científicos de Simon (1955), el comportamiento racional es limitado por el conocimiento fraccionado de la realidad, la imposibilidad humana de anticipar las consecuencias de los actos deseados

y los límites de la imaginación. En consecuencia, los seres humanos, lejos de ser individuos racionales, exhiben por lo general, conductas irracionales y compulsivas (Ariely, 2008). El ser estrictamente racional creado por la ficción de la economía neoclásica es un retrasado mental desde el punto de vista social (Sen, 1977). El rechazo del egoísmo como descripción de la motivación no implica la aceptación de cierta moral universalizada como la base del compromiso efectivo. Sen (1987) señala, además, que la moral no vuelve a los seres humanos excesivamente nobles ni tampoco les impide buscar su propio bienestar, aunque este autor muestra preocupación por la separación entre economía y ética.

A lo anterior se suma que la conducta real de las personas difiere de las predicciones de los modelos económicos (Thaler, 1980). El interés propio y la fuerza de voluntad de las personas son limitados y, en muchos casos, sus preferencias sociales están motivadas por la justicia y la equidad (Thaler, 1985). Para rematar, la elección individual en situaciones arriesgadas no se ajusta a la teoría de la elección racional neoclásica. En este tipo de eventos, las personas tienden a escoger una alternativa segura en lugar de una probable por la existencia de sesgos cognitivos (Tversky & Kahneman, 1981). Por su parte, Ostrom (2000) demuestra que la acción colectiva es determinante en la gobernanza de los bienes comunes, esto es, las personas son proclives a

cooperar para el bien común. Solo basta que se establezcan acuerdos, reglas y sanciones para transitar del individualismo al trabajo en equipo y, de este modo, convertir la utilidad personal en ganancia social. En suma, “el individuo es, en cierto sentido, la unidad primordial del sistema económico, pero solo existe y actúa dentro de un marco moral, jurídico e institucional en evolución como individuo socializado” (Samuels, 1973, p. 202).

Adam Smith utilizó dos procedimientos analíticos: el método de considerar a la sociedad como un resultado del individuo y al individuo como un producto de la sociedad. La RN es una obra filosófica que trata problemas amplios del bienestar humano de manera razonada y sin prejuicios (Morrow, 1927). No cabe duda de que *Das Adam Smith Problem* es una invención ideológica alemana del proteccionismo en contra del liberalismo económico y la economía política inglesa (Montes, 2003). Dicho eso, el pensamiento filosófico y económico smithiano es coherente y consecuente, no solo en el contexto del siglo XVIII en el que surgió, sino también en la modernidad. A este respecto, Boulding (1969) puntualiza que las interacciones mínimas de mercado requieren “un grado mínimo de benevolencia, incluso en el intercambio, sin la cual no puede legitimarse ni funcionar como organizador social” (p. 5). En esa misma dirección, Arrow (1974) añade que, la confianza en el mercado es un lubri-

cante muy importante del intercambio, pues reduce los costos de acopio de información. La simpatía, por su parte, desempeña un papel esencial en las interacciones mercantiles, al reducir los costos de transacción. Finalmente, Young (1997) sostiene que el lado moral de la naturaleza humana que Adam Smith resalta en la TSM explica, en buena parte, la existencia del intercambio voluntario y rechaza la instauración de la violencia como medio de acceso a los bienes y a la riqueza.

Es por esto por lo que, la simpatía no es producto de la imaginación de Adam Smith surgida en un momento histórico determinado, en que la sociedad reclamaba virtudes y solidaridad tras el auge de los mercados competitivos. De hecho, la simpatía es parte de la naturaleza humana responsable de delinear valores sociales compatibles con los principios de la vida económica. La simpatía se expresa en muchos de los comportamientos cotidianos de las personas; por ejemplo, cuando los contribuyentes se desprenden de una parte de su renta para financiar la implementación y operación de mecanismos públicos de protección social o cuando las personas hacen donaciones anónimas a ONG enfocadas a paliar el hambre y la miseria en distintos lugares. En estas situaciones, los medios de comunicación acuden al espectador imparcial que cada quien alberga en su corazón, para despertar la solidaridad y la cooperación como valores sociales.

Aunque a lo largo de este escrito se han aportado elementos teóricos a favor de la complementariedad de la simpatía y el interés propio, el debate no termina aquí. La vida científica y la obra intelectual de Adam Smith son y serán sumamente relevantes para despertar los elogios de sus simpatizantes y las críticas de sus más feroces contradictores. Este maestro escocés dejó un claro mensaje por medio de la mano invisible de que el progreso económico de una nación es motivado por el interés propio que coadyuva al bien común, siempre y cuando se cuente con instituciones adecuadas y con el liderazgo de un legislador sensato. La racionalidad basada en criterios de egoísmo absoluto no es parte de la naturaleza humana, como aparece mal representada en la caricatura del *homo economicus*. Incluso John Stuart Mill fue consciente de que el *homo economicus* no entraña la inmensidad de la naturaleza humana ni tampoco describe el comportamiento social. Mill lo describió como un ser “que desea poseer riqueza y que es capaz de juzgar la eficacia comparativa de los medios para lograr ese fin” (como se citó en Hurtado & Mesa, 2010, p. 280). Es más, los agentes económicos son personas de carne y hueso que no afianzan sus decisiones económicas exclusivamente en la razón, la comisión de errores sistemáticos es un acto recurrente y deliberado (Hidalgo, 2017).

Para comprender la simbiosis entre simpatía e interés propio es prudente apartarse del *homo economicus*, enten-

dido este como un idiota moral con alta capacidad de raciocinio para la elección, pero sin pasiones, incapaz de encontrar la felicidad. Dicho en otras palabras, un Robinson Crusoe con el estómago lleno pero condenado a permanecer solo y deprimido por el resto de sus días, en una isla desierta pero paradójicamente abundante en recursos naturales. En fin, el *homo economicus* por sus atributos poco deseables y su carácter desinstitucionalizado, no forma parte de la sociedad examinada por Adam Smith en el siglo XVIII. Lo cierto es que, en la mente de Smith, este personaje imaginario se ahogaría en su propia desdicha.

Finalmente, la existencia de una aparente contradicción filosófica en la obra smithiana ha justificado el lanzamiento indiscriminado de dardos en contra de la doctrina del liberalismo económico. La racionalidad económica expresada en el interés propio de ningún modo puede ser asociada a una pasión ególatra y voraz, el individuo racional es solo consistente en sus decisiones, no es un egoísta extremo (Hurtado & Mesa, 2010). El interés propio es, en general, benéfico, no porque exista coincidencia natural entre el interés personal y el bien común, sino por la calidad de las instituciones humanas encargadas de alinear y conciliar estos dos tipos de principios. Adam Smith solía decir que la tarea del estadista reside en crear las instituciones y las leyes, que incluso, faciliten que la gente mala, refiriéndose al malhechor, al antisocial y al delincuente, pueda actuar en beneficio de los

demás. Insistía en que “la ciencia del legislador estaba diseñada para mostrar la vía hacia el buen gobierno” (Kurz, 2022, p. 59). Sin duda, se refería a una buena combinación de instituciones, propiedad privada, libertad, libre iniciativa empresarial y justicia. No sobra decir que una persona conformada por carne, huesos, músculos, sangre, intelecto, emociones y pasiones no es ni excesivamente racional ni sobradamente noble. En suma, la conciencia humana representada en el espectador imparcial—una especie de juez omnipresente—hace que los actos económicos no se bifurquen de los actos sociales.

CONCLUSIONES

La TSM fue concebida y escrita por Adam Smith en un ambiente académico bajo la influencia de su tutor Francis Hutcheson y de otros filósofos de la ilustración escocesa, así como de las enseñanzas y consejos de David Hume. A los filósofos morales de aquella época les motivaba en demasía, la concepción de una sociedad colmada de valores y de principios éticos, altruismo y cooperación. Posteriormente, Smith, a medida que se relacionó e interactuó con destacados pensadores de su tiempo, logró extraer grandes enseñanzas que le permitieron explorar el mundo económico como una realidad más inmediata sin sacrificar la lucidez propia de un hombre de ciencia. De ese ambiente, se desprendió el economista que clavó su mirada en el interés propio como la principal fuerza motivadora

del progreso económico y del bienestar general, y de la simpatía como la fuerza reguladora de los actos humanos.

Adam Smith, como observador agudo de la realidad de su tiempo, simplemente escribía acerca de lo que sus sentidos e intelecto captaban dentro de las posibilidades del método deductivo y de la información disponible. En la TSM resalta los aspectos normativos de la conducta humana (lo que debería ser), mientras que en la RN se ocupa de las cuestiones positivas (lo que es). En otras palabras, para Smith lo normativo está expresado en la simpatía y lo positivo se recoge en el autointerés, pero jamás desligado de la compasión.

El interés propio, erróneamente interpretado por los detractores del liberalismo económico como egoísmo puro que transforma a las personas en seres perversos, es una pésima interpretación de la realidad. El resultado de la búsqueda incontrolada del provecho personal dista de ser bueno desde el punto de vista social, en particular cuando las decisiones económicas tomadas de manera individual acarrear costos y beneficios sociales en individuos que no participan en la decisión. De acuerdo con Smith, la manera de alinear el interés propio con el bien común y hacer que estos trabajen juntos, consiste en crear instituciones adecuadas para ello, acudiendo al poder del legislador.

La racionalidad y el egoísmo no son exactamente sinónimos. La racionalidad implica un nivel de consistencia y coherencia en las decisiones meditadas que toman a diario los agentes económicos de acuerdo con sus preferencias, motivaciones sociales y restricciones presupuestarias. El interés propio forma parte de la racionalidad, pero este no es incompatible en nada con la inclinación de las personas por sentir amor al prójimo y cooperar para el bien público. De hecho, las cuestiones éticas son inalienables y el espectador imparcial como principal actor del proceso simpático es el que finalmente aprueba o desaprueba la conducta humana en cualquier actuación. Vale decir que la inconsistencia filosófica entre la simpatía y el interés propio es simplemente una infortunada invención sin argumentos a su favor.

AGRADECIMIENTOS

Los autores expresan sus agradecimientos al Comité Editorial de Apuntes del Cenes y a los evaluadores, por el tiempo y el esfuerzo dedicado a la revisión,

evaluación y emisión de valiosos comentarios enfocados a mejorar la calidad del artículo en cuestión.

FINANCIAMIENTO

La presente investigación fue realizada con recursos propios de los autores.

DECLARACIÓN DE CONFLICTOS DE INTERESES

Los autores declaran no tener ninguna clase de conflictos de intereses en la realización de la investigación ni en la publicación de este artículo.

CONTRIBUCIÓN DE LOS AUTORES

La presente investigación fue realizada en el marco de la opción de grado: artículo científico, establecida en el Programa de Economía de la Universidad de Nariño, elegida por la egresada Yadi Emilce Bolaños Sánchez como coautora de este artículo.

REFERENCIAS

- [1] Ariely, D. (2008). *Las trampas del deseo. Cómo controlar los impulsos irracionales que nos llevan al error*. (F. J. Ramos, trad.) Ariel.
- [2] Arrow, K. J. (1974). *The Limits of Organization*. Norton.
- [3] Ashraf, N., Camerer, C. & Loewenstein, G. (2005). Adam Smith, Behavioral Economist. *The Journal of Economic Perspectives. American Economic Association, 19*(3), 131-145. <https://doi.org/10.1257/089533005774357897>
- [4] Berry, C. J., Paganelli, M. P. & Smith, S. (2013). *The Oxford Handbook of Adam Smith*. Oxford University Press.
- [5] Blaug, M. (2001). *Teoría económica en retrospectiva* (2.a ed.). (E. L. Suárez, trad.) Fondo de Cultura Económica.
- [6] Boulding, K. E. (1969). Economics as a Moral Science. *The American Economic Review, 59*(1), 1-12.
- [7] Brentano, L. (1877). *Das Arbeitsverhältnis gemäss dem heutigen Recht*. Kessinger Publishing.
- [8] Campbell, T. (1971). *Adam Smith's Science of Morals*. Rowman and Littlefield.
- [9] Cantillon, R. (1996). *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. Fondo de Cultura Económica.
- [10] Del Hierro Carrillo, P. (2019). La invisible “mano invisible” de Adam Smith. *Revista de Economía Institucional, 21*(40), 143-161. doi:<https://doi.org/10.18601/01245996.v21n40.05>
- [11] Ekelund, Jr., R. B. & Hébert, R. F. (2005). *Historia de la teoría económica y de su método* (3.a ed.). (J. P. Escutia, trad.) Mc Graw Hill.
- [12] Ferguson, J. M. (2013). *Historia de la economía* (2a. ed.), (J. J. Vicente Polo, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1948).
- [13] Frank, R. H. (2005). *Microeconomía y conducta* (5.a ed.), (E. R. Cortés, trad.), Mc Graw Hill.
- [14] Galbraith, J. K. (1998). *Historia de la economía* (8.a ed.). (H. R. Campoamor, Trad.) Ariel.

- [15] Harcourt, G. C. (1995). *What Adam Smith Really Said in Capitalism, Socialism and Post-Keynesianism*. University of New South Wales.
- [16] Heilbroner, R. L. (1972). *The Worldly Philosophers: The Lives, Times and Ideas of the Great Economic Thinkers* (4.a ed.). Simon & Schuster.
- [17] Hidalgo Villota, M. E. (2017). La racionalidad económica: ¿mito o realidad? *Revista Tendencias*, 18(1), 182-197. doi:<https://doi.org/10.22267/rtend.171801.72>
- [18] Hildebrand, B. (1848). *Die Nationalökonomie der Gegenwart und Zukunft* (Vol. 1). Kessinger Publishing.
- [19] Hurtado, J. & Mesa, S. (2010). Sobre “El sujeto económico y la racionalidad en Adam Smith”: confusiones y lugares comunes. *Revista de Economía Institucional*, 12(22), 277-286. <https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/ecoins/article/view/393/372>
- [20] Hutchison, T. (1976). Adam Smith and The Wealth of Nations. *The Journal of Law & Economics*, 19(3), 507-528. <https://doi.org/10.1086/466885>
- [21] Kenneth, J. A. (1974). *The Limits of Organization*. Norton.
- [22] Kicillof, A. (2010). *De Smith a Keynes. Siete lecciones de historia del pensamiento: un análisis de los textos originales* (1.a ed.). Universidad de Buenos Aires.
- [23] Kurz, H. D. (2022). *Breve historia del pensamiento económico*. (A. O. Hernández, Trad.) Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 2013).
- [24] Landreth, H. & Colander, D. C. (2006). *Historia del pensamiento económico* (4.a ed.), (E. Rabasco, trad.) Mc Graw Hill.
- [25] List, F. (1909). *The National System of Political Economy* (S. S. Lloyd, trad.) Longmans, Green and Co. (Original work published in 1841).
- [26] Mandeville, B. (1982). *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. (J. F. Mora, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1714).
- [27] Marshall, D. (1984). Adam Smith and the Theatricality of Moral Sentiments. *Critical Inquiry*, 10(4), 592-613. <https://doi.org/10.1086/448266>
- [28] Montes, L. (2003). Das Adam Smith Problem: Its Origins, the Stages of the Current Debate, and One Implication for Our Understanding of Sympathy.

- Journal of the History of Economic Thought*, 25(1), 63-90. <https://doi.org/10.1080/1042771032000058325>
- [29] Morrow, G. R. (1927). Adam Smith: Moralist and Philosopher. *Journal of Political Economy*, 35(3), 321-342. <https://doi.org/10.1086/253854>
- [30] Nicholson, W. & Snyder, C. (2015). *Teoría microeconómica. Principios básicos y ampliaciones* (11.a ed.), (E. C. González, trad.). Cengage Learning.
- [31] Nieli, R. (1986). Spheres of Intimacy and the Adam Smith Problem. *Journal of the History of Ideas*, 47(4), 611-624. <https://doi.org/10.2307/2709721>
- [32] O'Brien, D. P. (1996). *Los economistas clásicos* (2.a ed.), (C. R. Braun, trad.) Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1939).
- [33] Oslington, P. (2012). Adam Smith's Invisible Hand. *Journal of Business Ethics*, 108(4), 429-438. <https://doi.org/10.1007/s10551-011-1099-z>
- [34] Ostrom, E. (2000). *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*. (C. d. Sandoval, trad.) Fondo de Cultura Económica.
- [35] Perdices de Blas, L. (. (2004). *Historia del pensamiento económico*. Editorial Síntesis.
- [36] Persky, J. (1989). Retrospectives: Adam Smith's Invisible Hands. *The Journal of Economic Perspectives*, 3(4), 195-201. <https://doi.org/10.1257/jep.3.4.195>
- [37] Raphael, D. D. (1985). *Adam Smith*. Oxford University Press.
- [38] Raphael, D. D. (2009). *The Impartial Spectator: Adam Smith's Moral Philosophy* (1st ed.). Oxford University Press.
- [39] Raphael, D. D. & Macfie, A. L. (1976). *The Theory of Moral Sentiments: Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith* (Vol. 1). Oxford University Press.
- [40] Read, L. E. (2019). *I, Pencil: My Family Tree As Told to*. Foundation for Economic Education. (Original work published in 1958). <https://fee.org/wp-content/uploads/ebooks/i-pencil-final-proof-for-website-pdf.pdf>
- [41] Reeder, J. (1997). *On Moral Sentiments: Contemporary Responses to Adam Smith*. Thoemmes Press.

- [42] Robbins, L. C. (1978). *Theory of Economic Policy in English Classical Political Economy* (2nd ed.). Porcupine Pr.
- [43] Roll, E. (1994). *Historia de las doctrinas económicas*. (F. M. Torner, Trad.) Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1938).
- [44] Roncaglia, A. (2006). *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico* (1.a ed.). (J. P. Escutia, trad.). Pressas Universitarias de Zaragoza.
- [45] Rothbard, M. N. (2012). *Historia del pensamiento económico: el pensamiento económico hasta Adam Smith* (2.a reimp., vol. I), (F. B. Imaz, Trad.) Unión Editorial.
- [46] Samuels, W. J. (1973). Adam Smith and the Economy as a System of Power. *Review of Social Economy*, 31(2), 123-137. <https://doi.org/10.1080/00346767300000017>
- [47] Samuels, W. J. (1977). The Political Economy of Adam Smith. *Ethics*, 87(3), 189-207. <https://doi.org/10.1086/292033>
- [48] Schumpeter, J. A. (2006). *History of Economic Analysis*. Taylor & Francis e-Library. (Original work published in 1954).
- [49] Sen, A. K. (1977). Rational Fools: A Critique of the Behavioral Foundations of Economic Theory. 6(4), 317-344. http://fs2.american.edu/dfagel/www/Class%20Readings/GeneralSocialScience/Rational%20Fools_%20A%20Critique%20of%20the%20Behavioral%20Foundations%20of%20Economic%20Theory.pdf
- [50] Sen, A. K. (1988). *On Ethics & Economics*. Wiley-Blackwell.
- [51] Simon, H. A. (1955). A Behavioral Model of Rational Choice. *The Quarterly Journal of Economics*, 69(1), 99-118. <https://doi.org/10.2307/1884852>
- [52] Skinner, A. S. (1976). Adam Smith: The Development of a System. *Scottish Journal of Political Economy*, 23(2), 111-32. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9485.1976.tb00769.x>
- [53] Smith, A. (1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (2.a ed.). (G. Franco, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1776).
- [54] Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. (C. R. Braun, trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1759).

- [55] Smith, A. (1998). *Ensayos filosóficos. Estudio preliminar: John Reeder*. (C. R. Braun, trad.) Ediciones Pirámide S. A. (Obra original publicada en 1795).
- [56] Smith, V. L. (1998). The Two Faces of Adam Smith. *Southern Economic Journal*, 65(1), 1-19. <https://doi.org/10.1002/j.2325-8012.1998.tb00125.x>
- [57] Spiegel, H. W. (1991). *The Growth of Economic Thought* (3rd. ed.). Duke University Press.
- [58] Stigler, G. J. (1986). The Economist as Preacher. *Book Reviews*, 13(4), 517-518. <https://doi.org/10.1093/erae/13.4.517>.
- [59] Thaler, R. (1980). Toward a Positive Theory of Consumer Choice. *Journal of Economic Behavior and Organization*, 1(1), 39-60. [https://doi.org/10.1016/0167-2681\(80\)90051-7](https://doi.org/10.1016/0167-2681(80)90051-7)
- [60] Thaler, R. (1985). Mental Accounting and Consumer Choice. *Marketing Science*, 4(3), 199-214. <https://doi.org/10.1287/mksc.4.3.199>
- [61] Tversky, A. & Kahneman, D. (1981). The Framing of Decisions and the Psychology of Choice. *American Association for the Advancement of Science*, 211(4481), 453-458. <https://doi.org/10.1126/science.7455683>
- [62] Villar, A. (1999). *Lecciones de microeconomía*. Antoni Bosch.
- [63] Viner, J. (1927). Adam Smith and Laissez Faire. *Journal of Political Economy*, 35(2), 198-232. <https://doi.org/10.1086/253837>
- [64] Viner, J. (1965). *Guide to John Rae's Life of Adam Smith*. Augustus M. Kelley.
- [65] Viner, J. & Irwin, D. A. (1991). *Essays on the Intellectual History of Economics*. Princeton University Press.
- [66] West, E. G. (1989). *Adam Smith: el hombre y sus obras*. (J. H. Cole, trad.). Unión Editorial.
- [67] Wight, J. B. (2007). The Treatment of Smith's Invisible Hand. *The Journal of Economic Education*, 38(3), 341-358. <https://doi.org/10.3200/JECE.38.3.341-358>
- [68] Young, J. T. (1997). *Economics as a Moral Science: The Political Economy of Adam Smith*. Edward Elgar Publishing.